

Lucia Cecchet, *Poverty in Athenian Public Discourse. From the Eve of the Peloponnesian War to the Rise of Macedonia* (=Historia Einzelschriften 239), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2015, pp. 283 [ISBN: 978-3-515-11160-7].

En los últimos años, el fenómeno de la pobreza ha comenzado a captar un interés cada vez mayor por parte de los estudiosos de la Antigüedad. En el caso de los helenistas, esta renovada atención por la temática se aprecia en un notable incremento de las publicaciones al respecto, pero, también –y a diferencia de lo escrito hasta el momento–, en una clara tendencia a considerar la pobreza como un objeto de estudio propiamente dicho. Este es el contexto en el que, en 2015, vería la luz la obra que nos ocupa, resultado de la tesis doctoral defendida por la misma autora en 2012 (Università di Trento y Ruprecht-Karls-Universität de Heidelberg), bajo el título: *Poverty and Beggary in Ancient Greece (800-330 B.C.): Perception, Identity and Social Reality*.

Como puede deducirse del encabezamiento anterior, en la investigación original se abordaría la problemática de la pobreza en la antigua Grecia desde una visión relativamente “amplia” o “global”; sin embargo, en la presente monografía, el foco de atención está puesto sobre una dimensión concreta del fenómeno: el discurso público de la pobreza y su relación con la percepción y actitudes hacia aquella en la Atenas clásica. Se trata este de un aspecto que, como la propia autora señala, si bien ha sido bastante trabajado con relación a la riqueza, ha resultado, en cambio, relativamente descuidado para la pobreza. En opinión de Lucia Cecchet, en la citada *polis*, el régimen democrático habría favorecido la cristalización de determinadas ideas en torno a aquella (como la concepción de una pobreza “buena” o “positiva”, conectada con el ideal ciudadano ateniense), con la firme intención de dotar de una mayor estabilidad al sistema político. Partiendo de este presupuesto, la autora cree posible reconstruir tal discurso a partir de los testimonios aportados por diferentes fuentes, datadas, todas ellas, aproximadamente, entre el 430 y el 330 a.C.

Antes de comenzar con lo que sería el ensayo en sí, Cecchet dedica la “Introducción” del mismo al tratamiento de una serie de cuestiones preliminares, como son: la problemática definición y delimitación del fenómeno y el debate generado en torno a esto en las ciencias sociales (haciendo, a la vez, un muy breve repaso al estado de la cuestión y poniendo en relación esta falta de acuerdo –y otras dificultades que plantea la definición– con la situación de las investigaciones), el concepto de “pobreza activa” en la democracia ateniense y el alcance o marco en el que se insertaría el estudio, así como la metodología del mismo. El apartado se cierra con una pequeña sección dedicada a consideraciones de tipo terminológico.

Tras la introducción, la autora explora a lo largo de cinco capítulos las percepciones, imágenes y “realidades” de la pobreza en la Atenas clásica que emergen de las fuentes antiguas.

El primer capítulo se centra en el trasfondo en el que se va a originar toda la imaginaria pública posterior sobre la miseria, prestando especial atención a la *Odisea* como el principal y más antiguo testimonio literario en ámbito heleno que da cuenta de la figura del *ptochos* o “mendigo”. Será precisamente sobre el retrato estereotipado de estos individuos, encarnados por Iro y Ulises disfrazado, sobre el que se construirá la imagen (física y moral) del pobre miserable que vemos reaparecer en época clásica.

El segundo, por su parte, se ocupa de la puesta en la escena ateniense de todo este imaginario sobre la pobreza que se habría ido desarrollando a partir de la *Odisea*. La autora se interesa particularmente por la obra de Eurípides y por la coexistencia de dos visiones contrapuestas del fenómeno, encarnadas, respectivamente, por el veterano caído en la mendicidad y por el binomio “pobreza–buenos ciudadanos de la *polis*”. Asimismo, se dedica una sección a los argumentos políticos que, sobre esta cuestión, podrían entrecruzarse en los *Acarnienses* de Aristófanes.

El tercer capítulo se consagra a las “realidades” de la pobreza. Tras analizar la situación demográfica, los efectos de la pérdida del Imperio y de la reestructuración de la economía, preguntarse por la mayor/menor implicación de los “sin tierra” en la vida política y cuestionarse el empobrecimiento del pequeño campesinado (debido a las nuevas oportunidades de trabajo fuera del sector agrícola), la autora concluye que no puede hablarse de una miseria generalizada en Atenas durante todo el siglo IV a.C. Esta cuestión, que hoy en día todavía resulta bastante controvertida y debatida entre los estudiosos, sitúa a Cecchet entre los detractores del modelo que defiende, para este periodo, la existencia de un “empobrecimiento y una degradación general en las condiciones de vida de buena parte del *demos*”.

El capítulo siguiente se centra en las alusiones a la pobreza como argumento retórico en los discursos públicos del siglo IV a.C., bien como instrumento para propiciar la aversión hacia un rival político (afirmando, por ejemplo, que este era de pobre origen, pero, que, en poco tiempo, gracias a los sobornos y a otras malas prácticas, se habría enriquecido), bien para lograr que se empatice con la causa defendida (por ejemplo, el “buen rico” que se ha empobrecido cumpliendo generosamente con sus obligaciones). Asimismo, se presenta la doble visión que, de la guerra, evidencian las fuentes con relación a la miseria: como medio para escapar de ella y como causante de la misma. Finalmente, el capítulo se cierra con unas reflexiones en torno al texto sobre el que se ha asentado la concepción griega de la “pobreza” y sobre el uso (y abuso) de la retórica de la pobreza en la Asamblea.

Por último, el capítulo quinto está dedicado a una serie de cuestiones que, en parte, van en la línea de lo expuesto en el anterior: la existencia de una “ley contra los vagos” o “desocupados”, la contraposición en los tribunales de una “pobreza activa” frente a una “riqueza inactiva” y la presentación o auto-presentación de los liturgistas como individuos “pobres”.

En definitiva, este estudio se asienta sobre la premisa de que el discurso en torno a la pobreza juega un papel fundamental en la esfera pública ateniense, gracias, en gran medida, a la importancia que los griegos concederían a este tema. Desde los poemas homéricos, la literatura evidencia la articulación y cristalización de una serie de tópicos o “códigos” que van a caracterizar al sujeto sumido en la pobreza o la indigencia. Esta “constante” de la miseria en el pensamiento y reflexión helenos ayuda a comprender cómo las alusiones al fenómeno podrían ser percibidas como susceptibles de ser empleadas –ya sea en el género dramático, ya sea en los discursos

pronunciados ante la Asamblea o ante los tribunales populares– para manipular las emociones e influir, de este modo, en las decisiones públicas. Esta hipótesis no es, realmente, una formulación completamente nueva, sino que resulta de la reelaboración y desarrollo en extenso por parte de la autora de los presupuestos expuestos, en un primer momento, por Josiah Ober en un apartado de su obra *Mass and Elite in Democratic Athens. Rhetoric, Ideology and the Power of the People* (Princeton, 1989).

La preocupación por el papel de la pobreza en el discurso responde, por tanto, a la adscripción, por parte de la autora, a unos determinados postulados teórico-metodológicos, en los que el interés no está puesto tanto en las percepciones o realidades en sí como en las emociones o “sentimientos” que se despertarían o generarían en la audiencia fruto de tal instrumentalización retórica y en cómo tales “manipulaciones” estarían dirigidas al cumplimiento de un fin concreto. En el caso de la oratoria forense o de los alegatos ante la Asamblea, este sería, claramente, el de influenciar en las decisiones tomadas por dichas instituciones. Sin embargo, lo anterior solo sería posible gracias a la articulación y consolidación, desde antiguo, de todo un imaginario sobre la pobreza que, frente a los modelos del “mal pobre” y del “mal rico”, hacía del ciudadano ordinario ateniense el representante de una pobreza “buena” o “legítima”. Y lo que es más importante, gracias al arraigo e integración de esta concepción positiva en el propio ideal ciudadano, haciendo que este aceptase y se identificase con aquella imagen.

Aida Fernández Prieto
Universidad Complutense de Madrid
Aidfer01@ucm.es